

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 37
Venezuela: Literatura de fin de Siglo

Article 12

1993

Voces o seres cercanos

Maria Auxiliadora Alvarez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Alvarez, Maria Auxiliadora (Primavera 1993) "Voces o seres cercanos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 37, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss37/12>

This Testimonios is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

VOCES O SERES CERCANOS

María Auxiliadora Alvarez

Al principio de la década de los ochenta, en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, nos encontramos un grupo de jóvenes para hablar de la poesía, para leer en alta voz su palabra y su silencio, y para intentar encontrar en su ser, una orilla donde pudiésemos vivir.

Adelante de nosotros Luis Alberto Crespo, ayudándonos a percibir la atmósfera, el tono, el olor, la desnudez de una sola palabra, profundamente clara y oscura a la vez.

Ayudándonos a saber un poco más de lo que cada día sabíamos menos.

Rilke decía que los aprendices de la poesía son “los navegantes de las aguas heladas”.

Sabemos que somos eternos aprendices y que este mar no será nunca más tibio, ni menos profundo, pero en este momento, yo quisiera hacer una reflexión sobre esos grandes seres que han encontrado el aire donde pueden vivir fecundamente y sin embargo, se devuelven incontadas veces para darle respiración, boca a boca, a la incertidumbre.

¿Cuál es la fé que impulsa a un poeta a volver a su rostro para dar su aliento al aprendiz de un oficio que no se aprende?

¿Cómo se estudia la poesía?

¿Cómo se estudia la vida?

¿Cómo se desentrañan los huesos del espíritu?

El imposible deseo de nombrar el infinito acompañados, nos ha mantenido unidos en la noche de esta reunión iniciada en 1981 e ininterrumpida hasta hoy.

Creo que todos los que estuvimos allí y los que aún estamos, tenemos mucho que agradecer.

Allí nacieron, o crecieron, nuestras voces, entreabiertas en la boca por el

espíritu que nos dice, pero nutridas y fortalecidas por el acto conciliatorio de la generosidad.

Quise traer para ustedes hoy, algunas palabras sobre algunas de las personas con quienes he transitado este camino, sin embargo, tuve miedo de no alcanzar a enunciar acertadamente sus interioridades y sus trabajos.

Casi todos tienen 2 o 3 libros de poemas publicados o escritos, además de ensayos, críticas literarias, cuentos y novelas.

Hablo, por ejemplo, de Stephen Mars Planchart, de Leonardo Padrón, de Sonia González, de Harry Almela, de Patricia Guzmán, de Eloy Yagüe, de María Vázquez, de Lourdes Sifontes, de Maritza Jiménez y de otros que se han alejado y ya no me vienen a la memoria.

Pensé entonces que sería mejor que algunos de ellos se nombraran aquí con sus propias palabras.

He traído tres textos.

Dos de los cuales fueron escritos por Patricia Guzmán y Leonardo Padrón, respectivamente, y el tercero fue escrito por mí.

Pertenecen a un libro de Biografías Apócrifas (próximo a editarse por Monte Avila Editores), ideado y coordinado por Patricia Guzmán.

Se nos pidió en ese entonces, que escogiésemos a un escritor, ya muerto, con quien no sintiésemos cercanos de algún modo, para imaginar su palabra desde la ausencia.

Era una aspiración realmente muy difícil; pero también era una reverencia a un ser amado y admirado, en cuyo espíritu hubiésemos querido habitar. Vivir su vida. Morir su muerte.

Patricia Guzmán se nombró con Sylvia Plath; Leonardo Padrón con Jack Kerouac, y María Auxiliadora Alvarez con Marguerite Yourcenar.

Ya antes lo había dicho Borges:

“Nadie sabe cuál es su nombre verdadero, su imperecedero nombre en el registro de la Luz”.

Sylvia Plath **ESE VIEJO Y MUERTO AMOR A LA MUERTE**

He cosido la vida a mí, como un raro órgano. Aprendo a hablar con los dedos. No con la lengua. El cuerpo está lleno de recursos. Las salamandras son pródigas en piernas. Que yo sea pródiga en eso que me falta.

¿Cuándo aparecerán los tulipanes? ¿Cuándo su lengua roja contra mi pecho? Los tulipanes son animales furiosos. Debo enjaularlos.

Anoche, cinco minutos antes de las doce, nació Nicholas Farrar Hughes. Le he advertido: el dolor al que te despiertas no te pertenece. Los ojos cerrados y la boca grande, abierta. Su grito me sostiene y me condena. Si su belleza no

basta para protegerlo de los males del mundo, que al menos a mí me redima. No es su cuerpo ni el tiempo lo que pesa entre mis manos. No es el tiempo. Y no es material.

Debo ocuparme de mi colmena. Mi padre conocía a las abejas — además de pájaros, insectos y peces —. Mi padre me regaló un sombrero italiano de paja blanca y un velo negro que se me pega al rostro, como el aguijón de aquella reina.

Cada día, al menos dos horas para escribir. El grito vive allí. Vete. Vete al olmo, busca las caras del amor. Deja de girar.

Esta tarde llega mamá. Frieda y Nicolás han aprendido los gestos del amor. Frieda y Nicolás se le echarán encima y ella creerá que somos felices. Porque mamá no sabe que ellos se queman con mi fuego. Mamá no sabe que mi leche y mi sangre hierven desde entonces. Mamá no sabe que el doctor no purificó mi cuerpo, obcecado, resistente, apegado al miedo. Mamá no sabe que el doctor no me borró los sueños. Y que enfrente sólo tengo largos corredores de cemento que conducen a la sala de electrochoques. Mamá, todavía quiero comprobar si tendré agallas. Mamá, cada mañana me corto las piernas, o los brazos, o la cara. Mi ojo derecho, envuelto en una grande y fea cicatriz marrón, recuerda.

Todo está en su sitio. Soy el muro alto que protege mi propiedad, tan verde. Sólo necesito un frasco de vitamina C para no derrumbarme. Ted: si te sonrieras, darías la misma impresión que la luna. De cosa bella, pero que aniquila.

El mar de Irlanda me ayudó a formar algunas costras. Volveré. Para primavera debo tener una niñera que me abra paso entre los alimentos, entre las horas. Un testigo para mi vergüenza, un testigo para no desmoronarme, para no seguir arrancándome la carne de los huesos. Una mano que me extienda, cada noche, los somníferos. Una mano que cada mañana me separe del sueño con cinco, seis, siete tazas de café. Entonces escribo, cuando menos, un poema por día.

Nicholas. Me ha llevado por los aires, más lejos que la muerte. Entre mis piernas, me ha escuchado hablar y refr sin freno. Le he leído mis poemas en voz muy alta, casi hasta reventarlo, para que sepa que la eternidad me fastidia. Espesa e informe eternidad.

Los buenos espíritus están conmigo. De vuelta a Dévon, y para apresurar el viaje, abrí al azar un libro de Yeats y leí: “Toma vino y alimento para darte fuerza y coraje. Yo tendré la casa lista”. Iré tranquila, tranquila como este vacío que llevo en el cuerpo. Vacío de siempre. Porque eso que acontece en mí, tendrá lugar, irremediablemente. Ningún reposo, ninguna palabra puede contra el secreto mal que guardo. Sólo el niño de oro me da sosiego. Sólo él, hasta que lo alcance el demonio. O hasta que yo alcance al demonio. Voy sobre su cuerpo, su sangre late en mi cabeza. ¡Ariel!, león de Dios, apresúrate, rómpete los ojos con la arena que despega el viento, llévame lejos, hasta donde pueda alcanzarle. Bocanadas de sangre, bocanadas de sangre, soy la flecha, soy el pájaro que

revienta la noche, soy el ojo rojo que no despierta.

Fortifico mis músculos y aprendo a continuar, no se aprende a comenzar, únicamente se comienza el fin, morimos una sola vez, lo imposible necesario, mi cuerpo es distinto a mí, mi cuerpo se me escapa, en el sueño, en la fiebre, en los partos, mi cuerpo no se harta de oler la basura, yo restringo toda basura contra mi cara seducida por el espacio de afuera, espacio abierto en su peligro, que yo sigo amando.

Las cañerías del piso, recién remozado, se han quedado heladas. En cien años Londres no tuvo tanta nieve, ninguna luz. Sabrían de mi huída? Aún escucho a la gente de Dévon. Rezan tanto y tan alto en aquel gran jardín olvidado. Dévon, tan aislado. No logré familiarizarme con la muerte. Tantas manzanas, tanto arrancar cebollas, tanto llenar botellas de miel, no me permitieron adquirir la heroica disciplina. Odio los suicidios caprichosos. Mis poemas, como mi muerte, deben ser honestos y directos.

Como poco. El estómago se me vació de ambiciones. Ya he matado a un hombre. Papaño, te moriste antes de que me diera tiempo. Tu muerte me enseña mi precariedad. Tu muerte asusta a mi mamá. Mamá, ponte manteca de cacao en los pezones. Mamá, llévame nuevamente al infierno, dile al doctor que me queme la cabeza, que me convierta la cabeza en piedra, sácame este grito, límpiame las manos, fortifica mi vocación. El pájaro del pánico me sujetó el corazón. Ese viejo y muerto amor a la muerte.

¿Quién cuidará? Quién tratará de arrancarme los gusanos, uno a uno, uno a uno, uno a uno, uno a uno? ¿Quién pagara para escucharme el corazón? Odio los suicidios caprichosos. Sálvate del desamor. Debo agacharme y mirar fijamente mi atrocidad. Debo cerrar la boca y tragar sangre. Debo acceder a la vida.

Lo indecible, a diferencia de las mujeres, es estéril.

Patricia Guzmán

JACK KEROUAC EL HEROE DERROTADO DE LA NOCHE OCCIDENTAL

¿Mi vida? Creo que la última vez que estuve con ella fue en un cruce de carreteras entre Oregón y Nevada. O en una vía de rieles al norte de Dakota. No recuerdo dónde anda. Sólo sé de este bulto borracho de ochenta y cuatro kilos tambaleándose en una mecedora frente al atardecer. Otra cosa sé: el viento ha envejecido. Ya no me llena los ojos de lágrimas como antes. Me quedan pocas cervezas y ustedes quieren que yo siga hablando de lo que ya saben. Escribí como un maníaco el cuento de mi vida en páginas garrapateadas para mi

exclusivo placer. Se me rompió el corazón en la desesperación general. Y escribí sin tomar aire para respirar. Como una exaltación. Como el viejo Dodge de Neal Cassady, con quien atravesé las eternidades del paisaje americano, y construimos nuestra propia épica del espíritu conociendo la alegría auténtica, la tristeza auténtica, la purificación auténtica.

Allá afuera arde América y cada uno de sus hijos deambula por sus costados sin saber verdaderamente cuál es su lugar. Hoy, quiero oír algo de Dexter Gordon. ¿Dónde está Ginsberg? Quiero escuchar su aullido por última vez. Mi nombre verdadero es Jean-Louis Lebris de Kerouac. Mi viejo apellido tiene tres mil años de antigüedad. Soy celta, de ancestros franco-canadienses, nacido en Lowell, Massachusetts. No tardaré en morir. El médico me anunció que ya casi no tengo hígado. Me he vuelto a enamorar de Dios. Tengo una hernia que operarme, pero hasta ahora lo que he hecho es pegarme en el ombligo una moneda de medio dólar con la imagen de Kennedy para contenerla. No entren en este mundo. Los matará.

Siempre supe que yo era el peor vagabundo del mundo. La luz del diamante estaba en mis ojos.

Fui marinero, ayudante de cocina, recolector de algodón, peón de mudanzas, aprendiz metalúrgico Pentágono, guardabosques, albañil. No sólo acepté la pérdida para siempre. Yo estoy hecho de pérdida. Pero digo: Al igual que Proust, sé fanático del tiempo. Sé poseído de una ingenua santidad del espíritu. ¡Ah! las inefables visiones del individuo... la alegría de la ciudad nocturna... la pared de ladrillos rojos tras las luces de neón... el centro del dolor... el inodoro solitario de América... Y entonces lucho con la vastedad de mi alma, tratando desesperadamente de ser la gran memoria que redime a la vida de la oscuridad. Esta es mi enorme noche confesional.

Pienso en mis poéticos amigos lunáticos zen Vagabundos del Dharma de San Francisco, aquellos con los que tomé cerveza y dije adiós, limpiándome los dientes con arena, durmiendo en los desiertos del planeta bajo el techo del firmamento, con un saco de dormir como único tesoro y disciplinándome todo el tiempo mientras seguía sin llegar a ningún sitio. Estremeciéndome de placer ante el óxido del poniente. Fue el tiempo en que creímos en una gran revolución de millares de nosotros, jóvenes norteamericanos con su morral a cuestas, subiendo las montañas para rezar, escribiendo poemas espontáneos y todos recibiendo visiones de libertad eterna.

(¿Estuve haciendo auto-stop durante tantos años para que me trajeran a esta vieja mecedora de la historia?).

Sí, por supuesto que recuerdo la asombrosa noche de la Galería Seis en California cuando Ginsberg, Corso, Ferlinghetti y los otros leyeron sus electrizantes poemas y yo iba de un lado a otro con cuatro gigantescas garrafas de vino, enajenado, sabiendo que algo estaba pasando en ese momento en la poesía norteamericana, sabiendo que ya nada volvería a ser igual luego que Ginsberg leyó su "Aullido" y yo le daba golpes al suelo de pura exaltación y él balanceaba

frenéticamente su cuerpo mientras lefa y todos gritaban y entonces sí nadie dudó que acababa de iniciarse algo realmente grande. Era el Renacimiento Poético de San Francisco. Ginsberg había pasado todo su fin de semana en su casa tomando peyote para las visiones, anfetaminas para acelerar el viaje y dexedrina para no desfallecer, vomitando ese legendario poema del alma. Eramos una gran comunión de alegres. Eso era la generación beat. Pasamos incontables noches con los ojos dirigidos a lejanos horizontes. Encontramos el oscuro misterio del origen de esta miserable civilización sin expresión. Y viendo, por fin, la eterna trama de energía ululante que atraviesa el mundo. Queriendo ser Buda, subiendo montañas, inventando haikus, dando tumbos llenos de vino por callejas nocturnas, escribiendo poemas febriles, contemplando las nubes mientras nuestro tren atravesaba la magnífica noche estrellada de América, como futuros héroes del Paraíso, tumbados en un furgón sobre nuestra bolsa de dormir.

Yo busqué a los locos por vivir, por salvarse, a los que nunca bostezan ni hablan de lugares comunes. La gente que arde explotando, igual que arrañas entre las estrellas. La vida en la carretera, ese fue mi lugar. Apenas cerraba los ojos, lo único que veía era la carretera desplegándose en mi interior. Los abismos de la pobre vida beat en las calles humanas. La desnuda alegría de la pura existencia. El latido de los neones en la noche. Doradas toneladas de atardecer. Flores santas flotando en el aire. Los personajes de nuestro triste drama de la noche americana. El estudio de las cosas en sí mismas. El manuscrito de la noche. El éxtasis puede estar en la sobredosis de una madrugada o en el vasto silencio de las nevadas. Recuerdo mucho aquel dicho zen: "Cuando llegues a la cumbre de una montaña, sigue subiendo".

(Ya se acerca el atardecer). Dicen que me destrocé en el camino, que estoy hundido en una severa depresión alcohólica, que me he vuelto un poco reaccionario y reniego de aquellos años tempestuosos y de todo lo que tenga que ver con la palabra "beat". Creo que ustedes ayudaron a destruirme, me acosaron, estrangularon mi santa libertad. Mi meta era la Iluminación. Quizás en estos momentos beber forme parte de mi peregrinaje. Bach, ya déjenme. Mi madre está sola y parálitica en la sala. Mi esposa (mi segunda esposa) está sola y desconcertada en la cocina. ¿Dónde está Neal Cassady? El murió caminando sobre los rieles de una línea de trenes, bajo la lluvia y solo en el desierto de México. Pero estoy seguro de que un día de estos vendrá por mí y volveremos a la carretera. Aunque estoy en pésima forma. (Quizás simplemente seamos unos largos pantalones en medio de la tristeza). Permítanme brindar por el maravilloso espectáculo de los trenes de carga con cientos de vagabundos tumbados en la plataforma, atravesando los campos, las ciudades de América. La tierra prometida. Tal vez muchos me quieran recordar así: como un viejo vagabundo de pie bajo un triste poste del alumbrado con el pulgar extendido. ¡Ah! La harapienta santidad de esos días. ¿A dónde vas tú, América, con tu reluciente automóvil a través de la noche?

¿Qué día es este en que siento explotar las ampollas milenarias de mis pies? Acaba de pasar el último tren. Todo el manuscrito de mi existencia se ha llenado de polvo. Estoy agotado. Es Otoño de 1969. Ni un solo perro ladra en la maldita tarde. Hay un gesto demasiado sombrío en el sol. Creo que voy a morir. Tan solo espero acabar a tiempo mi cerveza. Este es el fondo del mundo. Un cruce solitario. No hay nadie que te recoja en el camino. Vé tú solo. Reza por ti mismo, viejo vagabundo.

Adiós, Rey.

Leonardo Padrón

¿QUE HACE MARGUERITE YOURCENAR EN LA ETERNIDAD?

Todo ocurre como si yo fuese un pájaro inmóvil.

(Georges Shehadé)

I. La mañana es tan luminosa como las mejores mañanas del verano en Mount Desert.

He estado escuchando una pequeña aria de Hayden en la cajita de música suiza que tanto le gustaba a Grace.

Sé que este calor no sería tan bienvenido en un polvoriento camino de Calcuta o en una atiborrada Calle de New York, pero en la parte más alta del Maine, con sus nevadas tan prolongadas, nuestras pequeñas laderas semejan parcelas de un cementerio distante cubierto de abedules blancos.

La nieve es el olvido.

No he podido recoger la madera mojada y sin embargo se ha secado, y ha dibujado por sí misma un armonioso mosaico sobre la hierba.

He colocado dos piedras a los lados del portón abierto del jardín por si viene el cartero o el señor de la leche o los niños del pueblo y los pájaros y los perros.

Y he abierto un poco las ventanas, por si viene la luz de la tarde. La luz de las cinco.

Lo hago para que continúen sucediéndose las rutinas cotidianas.

La repetición de las costumbres personales y las labores de los días, descantan el agobio de lo absurdo, el desasosiego de las preocupaciones, las pérdidas, la vejez, la incertidumbre, los prisioneros en un barco lejano, las filas de ojos tristes en los mataderos, la herida abierta nuevamente bajo cada salto del cuerpo.

Son necesarias las horas iguales de los días, tan vastas como lo pasado, tan cortas como lo presente; pero hay que conservar los deseos, porque un deseo es una plegaria y más secreto aún que una plegaria.

Todavía me resulta importante la sorpresa intempestiva de la risa en un rostro, y su desmemoria del dolor. Oigo la risa de mis amigos en mi corazón, como oigo sus trabajos y sus cansancios. Cuido de escuchar siempre sus voces de esa manera en mi pensamiento.

Me alegra que las frutas sigan madurando en las ramas y no en los cestos; y que los panes sigan creciendo en los hornos particulares, inocentes del hambre.

Confío en el orden exacto de las estaciones y en su razón profunda. Sé, que cuando los pequeños animales estén entumecidos de frío, vendrá la primavera a darles calor y alimento abundantes.

Y sé, que la lluvia espera su hora de vida en la grieta, tanto como la grieta misma.

Porque el cielo del verano no devora las cosas, ni el ardor quemante se abstiene de la ausencia que tanto sienta a lo esencial.

II. He deseado morir lentamente, para dejar que en cierto modo la muerte se inserte en mí y yo en ella como en una noche de amor interminable.

Pero mientras haya un campesino en la ruta de Delfos, ofreciendo los cencerros de su mula a cambio de nada, o haya un caballo corriendo y supurando bajo su silla de montar, — no me dejen amar sola en mi noche más larga —; una barca navegando bajo el sol del mediodía con su hilera de presos políticos esposados unos con otros, un hospital lleno de enfermos solitarios, una nación cubierta por el humo y la sangre de una encarnizada lucha familiar, no me dejen quieta en el vacío resplandeciente de la ceniza en el viento sobre Mount Desert, porque no baja y no descansa la bóveda del cielo, y lo blanco también sucumbe de luz.

La paz tan vehementemente deseada, tan lentamente conquistada, tan pródiga en reflexiones y certezas, se precipita en el vértigo del dolor compartido, y llora violentamente sobre sus relucientes anillos.

Y sobre el mundo.

Entonces blasfemamos agobiados por las bocanadas de tierra en la estrechez de los túneles particulares o tomamos las interrupciones obligatorias del camino como de salud y vida para el espíritu, alejado de sus metas individuales para latir en la penumbra activa del laberinto común.

Debilitado el oficio propio del alma en la certeza más humana de su fragilidad. ¿En cuánta extensión de mano guardaríamos cualquier cosa necesaria? ¿Necesaria para quién?

La noche de estar es una línea corta. Dormimos como heridas en aires rojos, dormimos todos juntos en la agonía de May Lai.

Si son los mismos cortes y las mismas cenizas, ¿para qué preocuparnos por la forma de yacer en la invención o en la memoria, si tanta vida y tanta muerte

siempre sobra y sobra tanta pulcritud en el deseo, procedido de una boca no tan limpia salivando y de un ojo evaluador y endurecido?

Pero duele como nuestro el Infinito.

III. Resplandece en los jacintos de Mont-Noir, en el ruido del mar que dura desde el comienzo del mundo, en las dunas de Flandes, en el vuelo de los cisnes salvajes en ruta hacia el Artico, en el vuelo de los rostros amados, vivos o muertos, en ruta desconocida.

El Infinito crece en el Otro.

Si barriésemos el techo, ¿qué comerían las palomas?

Si recogiésemos toda la madera muerta, ¿en dónde dormirían los perros errabundos?

Si el árbol fuese más distante a cada vuelta, y más inaccesible la sombra cultivada, ¿qué excesiva resultaría la luz del mediodía?

El mediodía sería puro egoísmo del cielo, pura ostentación.

Si perdiésemos el hambre solitaria de amasar el pan con todo el cuerpo, ¿cómo escucharíamos la pulsación de la otra soledad que desgrana el trigo o se dobla bajo el peso de la harina?

Si perdiésemos el regocijo sencillo del corazón por la sobreabundancia de las alegrías calculadas, ¿qué sentido tendría la flor crecida por azar en un terreno pedregoso de Segesta? ¿Quién celebraría su vida, su tímido olor, su color de adentro?

Si perdiésemos el peso caliente del amor o la muerte sobre nuestro cuerpo ancho y abierto como una excavación, ¿cómo podríamos invadirnos de hierba, arder, estallar en lirios blancos y cenizas?

IV. Se ilumina como amante la mañana. Palpita en la boca

Por las hojas secas que no recojo, estoy amando.

Lo hermoso del cabello en las mujeres, es que nunca deja de moverse. Blanco, largo, ondea como una culebra lenta al menor sonido de una flauta. Aunque las mujeres estén muertas.

Por la comida de los pájaros que no esparzo, estoy amando.

Si bien la piel de los labios se va poniendo un poco dura y carrasposa como el cuerpo de los cocodrilos y los caimanes.

Por las lágrimas de Adriano detenidas en los recuerdos de mi padre, estoy amando.

Las piernas de las mujeres delicadas niegan la vida transcurrida, pero las piernas de las mujeres recias repiten interminablemente su insatisfacción de morir.

Por la lluvia que olvidé de recoger en la hierba maltratada de Northumberland, estoy amando.

Pero sobre todo en los pies de las mujeres, hay mucho secreto.

El secreto se va formando por Las Pérdidas y El Rencor.

Por la falta que mi casa y mi escritura tengan de mí, estoy amando.

Brújulas ciegas en los días brillantes y tumultuosos, gozosas de amor en la noche más íntima y desconocida.

Por la protección que mis amigos pierden de mí y la que yo pierdo del cielo, estoy amando.

Ninguna ha conquistado nada en su mirada por esfuerzo personal. Los dioses nos otorgan a todas cierta belleza y serena dignidad.

V. ¿Qué hace una mujer en la eternidad?

Guarda sus oraciones en la boca de Zenón: "Quiera aquél que es quizá, dilatar el corazón a la medida de toda la vida".

Y de toda la muerte.